



José Luis Hernández Garvi

Magnicidio

Crónica negra
de los presidentes asesinados
de los Estados Unidos

Luciérnaga

José Luis Hernández Garvi

Magnicidio

Crónica negra
de los presidentes asesinados
de los Estados Unidos



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: José Luis Hernández

© imagen de cubierta: © Joseph Scherschel/The LIFE Picture Collection/Getty Images

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: abril de 2018

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17371-06-7

Depósito legal: B-4.038-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

<i>Prólogo. ¿No es país para presidentes?</i>	11
1. El epílogo de una guerra. El atentado contra Lincoln . . .	39
Un hombre hecho a sí mismo	39
Soldado y político	42
La carrera hacia la presidencia	48
¿Rumores infundados?	50
Norte contra Sur	53
La reelección	59
Un actor entra en escena	62
Planes de secuestro	68
El último acto	71
Persecución implacable	77
Proceso sin piedad	81
2. La interminable agonía del presidente Garfield	89
El chico de la cabaña de troncos	89
Un matrimonio infeliz	94
En el campo de batalla	97
Presidente por sorpresa	103
Un perturbado anda suelto	107
Objetivo de una obsesión	111
Médicos negligentes	115
Un juicio para la historia	120
3. Un lobo solitario contra McKinley	125
Joven aplicado	125
Abogado y político	131

Candidato imparable	136
Un as en la manga	141
Guerra servida en bandeja	145
Fiebre expansionista	153
Inadaptado y peligroso	157
A quemarropa	162
En el banquillo de los acusados	173
4. Balas contra el ocupante del Despacho Oval	179
Un tipo duro	179
Estampas de un héroe	185
Regreso a la política	188
El discurso que detuvo una bala	193
Una familia de rancio abolengo	199
Demasiados secretos	202
Paso firme y decidido	205
Un albañil en paro	209
Operación Gran Salto	216
La salud de la democracia	219
En la Gran Guerra	224
Las ambiciones del tendero	227
Amenaza terrorista	235
Estrecheces económicas	242
5. El magnicidio de Dallas. El final de Camelot	245
Orígenes de una dinastía	245
La educación de un príncipe	250
Primeros pasos en la política	252
La pareja perfecta	256
Camino a la Casa Blanca	258
Una presidencia difícil	263
La historia de un perdedor	270
¿Soldado, idealista, desertor, espía?	274
En tierra hostil	282
Dieciocho segundos	287
En la hora y el lugar menos acertados	293
Conspiración impenetrable	297

6. El sueño truncado de Martin Luther King	309
Nacido en el Sur	309
Sentando la cabeza	316
Conciencia de activista	318
La forja de un mito	322
Objetivo del FBI	327
Nuevas tensiones	330
La marcha sobre Washington	336
Nobel de la Paz	339
Disparo certero	344
La sombra de la duda	348
7. Robert Kennedy. Una tragedia americana	355
El heredero	355
La soledad del cruzado	361
«Gracias a Dios, teníamos a Bobby»	365
Recogiendo el testigo	369
El mensajero del miedo	375
MK Ultra	379
El reencuentro entre dos hermanos	390
8. Ford y Reagan en el punto de mira	393
Capitán del equipo	393
Defensor de la tesis oficial	397
Todos los hombres del presidente	401
Una «familia» terrorífica	406
El primero sin proponérselo	414
Un galán de serie B	418
Madera de presidente	423
Cara de buen chico	427
<i>The end</i>	432
<i>Epílogo. Una lista demasiado larga</i>	<i>445</i>
<i>Bibliografía</i>	<i>455</i>
Otros recursos en línea	460
Películas de interés	461

1

EL EPÍLOGO DE UNA GUERRA. EL ATENTADO CONTRA LINCOLN

¿Acaso no destruimos a nuestros enemigos
cuando los hacemos amigos nuestros?

ABRAHAM LINCOLN

Un hombre hecho a sí mismo

La colosal efigie del presidente Lincoln domina el lado derecho del conjunto escultórico tallado en la ladera del monte Rushmore, en Dakota del Sur. Junto a él también aparecen representados los rostros de dieciocho metros de altura de George Washington, Thomas Jefferson y Theodore Roosevelt, componiendo una de las imágenes más iconográficas de Estados Unidos. Desde 1927 hasta octubre de 1941, cuatrocientos obreros dirigidos por el escultor Gutzon Borglum trabajaron hasta ver terminado el proyecto. Los bustos gigantescos de los cuatro mandatarios fueron esculpidos en los bloques de granito de la montaña para conmemorar los primeros ciento cincuenta años de historia del joven país, al mismo tiempo que se rendía homenaje a los que hasta entonces eran considerados los presidentes más carismáticos. Con la misma solemnidad que su retrato en piedra, la figura emblemática de Abraham Lincoln ha representado para los americanos, como ninguna otra, los más altos ideales y los sólidos principios de toda una nación. Muchos de sus compatriotas siguen viendo en él al personaje que consiguió mantener la unidad del país en medio de la grave crisis que supuso la guerra de Secesión. Su magnicidio lo elevó a la categoría de mito, construyendo alrededor de su legado toda una leyenda. Sin embargo, los orígenes del deci-

mosexto presidente norteamericano fueron mucho más modestos.

Abraham Lincoln nació el 12 de febrero de 1809 en la granja que sus padres poseían en los alrededores de la localidad de Hodgenville, en el estado de Kentucky. Su padre, Thomas Lincoln, era descendiente de las primeras familias de colonos ingleses que se establecieron en América del Norte. En 1806 se había casado con Nancy Hanks, una bella joven de veintidós años, y el matrimonio, originario de Virginia, emigró hacia el oeste en busca de un futuro mejor hasta instalarse en lo que parecía que iba a convertirse en su hogar definitivo. Gracias a su espíritu emprendedor y comprometido, Thomas se convirtió en uno de los ciudadanos más ricos y respetados de la comarca. Poseía grandes extensiones de terreno repartidas en varias fincas, cabezas de ganado y propiedades en la ciudad, además de participar de manera activa en los asuntos públicos del condado. Sin embargo, un hecho inesperado iba a truncar su prometedor carrera. En aquel entonces, los títulos de propiedad sobre la tierra apenas eran papel mojado en medio de un ambiente de inseguridad jurídica que hacía posible la comisión de fraudes con total impunidad. En 1816, Thomas Lincoln se vio implicado en varias causas judiciales abiertas sobre los abusos de esta práctica, y las sentencias dictadas en su contra terminaron por arruinarlo.

La familia se vio obligada entonces a emigrar, instalándose en el condado de Perry, Nueva York. Sin embargo, la precariedad económica en la que vivían los llevó a realizar sucesivas mudanzas y traslados, que terminaron afectando seriamente a la salud de la joven esposa. En 1818, cuando se encontraban en Indiana, Nancy Hanks moría víctima de la conocida como «enfermedad de la leche», una grave afección provocada por la ingesta de lácteos o carne en mal estado. En aquel entonces Abraham tenía nueve años, y el fallecimiento de su madre supuso para él un duro golpe, aunque también sirvió para forjar su carácter. Educado dentro de los rígidos preceptos de la religión cristiana baptista, encontró refugio a su soledad infantil en la lectura de la Biblia. Mientras tanto, su hermana mayor, Sarah, se hizo cargo de su cuidado hasta que su padre volvió a casarse en 1819.

La nueva esposa de Thomas Lincoln era Sarah Bush Johnston, una viuda que aportó al matrimonio tres hijos de su anterior marido. En contra de lo que hubiera sido previsible, la madrastra ejerció una influencia positiva en el joven Lincoln, que a partir de entonces siempre se referiría a ella llamándola «madre». Sometido a los continuos cambios de residencia, Abraham apenas pudo asistir al colegio, pero no por ello se resignó a ser un analfabeto. Impulsado por una voluntad inquebrantable, uno de los rasgos distintivos de su fuerte carácter, se convirtió en un precoz autodidacta que desde niño aprendió a leer, escribir y a hacer cuentas sin que apenas nadie le enseñase. Convertido en un ávido lector, saciaba su sed de aprender en los libros. Con el paso de los años, el niño se convirtió en un adolescente inteligente y despierto, dotado de una naturaleza sensible, que disfrutaba leyendo y tocando la guitarra, y al que no le gustaba demasiado el duro trabajo físico que exigía la vida de granjero, lo que le hizo ganarse cierta fama de holgazán. De rostro serio y adusto, su cuerpo delgado y fibroso escondía una gran fuerza física que no dudó en utilizar para enfrentarse y derrotar a los matones juveniles que se metían con él. Con tan sólo dieciséis años vivió su primera aventura, cuando el mayorista James Gentry lo contrató para transportar un cargamento de azúcar hasta Nueva Orleans. Acompañado por el hijo del comerciante, emprendieron un largo y peligroso viaje en el que ambos jóvenes tendrían ocasión de demostrar su valor cuando rechazaron el ataque de una banda de esclavos cimarrones.

En 1830, las malas cosechas y la muerte del ganado obligaron a la familia Lincoln a emigrar de nuevo en busca de oportunidades, instalándose en el estado de Illinois. Enfrentado a la autoridad de su padre por no estar dispuesto a renunciar a su propia interpretación de la vida, al año siguiente Abraham decidió independizarse. Impulsado por el espíritu decidido y aventurero de su juventud, se lanzó a conocer por sí mismo cuáles eran sus límites, descendiendo en canoa por el río Sangamon, en un viaje que puso a prueba su resistencia y le permitió experimentar el sentimiento de desafío fronterizo que entonces se vivía en Estados Unidos. En su exploración llegaría hasta la población ribereña de New Salem, lugar en el que conocería a Denton Offutt, un comerciante que le

ofreció la oportunidad de trabajar para él transportando mercancías a lo largo del río Misisipi. Abraham aceptó el empleo y, junto a su primo John Hanks y su hermanastro John D. Johnston, se embarcó en una gabarra que hacía la ruta hasta Nueva Orleans. Durante sus viajes al Sur le causaron una profunda impresión las condiciones en las que malvivían los esclavos, contemplando con sus propios ojos cómo eran maltratados por sus amos. Aquellas escenas de cruel brutalidad, unidas a sus fuertes convicciones religiosas, harían del joven Lincoln un enérgico defensor de la abolición de la esclavitud.

A su regreso a New Salem, Offutt se mostró muy satisfecho por las cualidades demostradas por su joven ayudante y decidió ponerlo al frente del almacén de mercancías que poseía en la ciudad, trabajando tras el mostrador atendiendo a los clientes. En su nuevo empleo, Abraham se ganó una reputación de honradez que el paso del tiempo se ha encargado de convertir en legendaria. Según cuenta la historia, el joven dependiente fue capaz de recorrer varios kilómetros para devolver a un cliente una pequeña cantidad de dinero que le había cobrado de más. Existe una segunda versión que afirma que en realidad fue Offutt quien lo obligó a solventar el error actuando de aquella forma. Fuese voluntariamente o forzado por su jefe, el caso es que su gesto le sirvió para ganarse el apelativo de *Abe el Honesto*, por el que a partir de entonces fue conocido entre sus vecinos. Sin embargo, a pesar del esfuerzo y dedicación mostrados por su ayudante, el negocio empezó a ir mal, y Offutt se vio obligado a cerrar el almacén en 1832. Lincoln se quedó sin empleo, pero su espíritu inquieto le hizo aprovechar el tiempo para dedicarse a estudiar por su cuenta y dar un cambio radical a su vida.

Soldado y político

Con apenas veintitrés años, Abraham Lincoln era un joven muy popular que se había ganado la confianza de sus vecinos, lo que lo animó a presentarse a las elecciones para la Cámara de Representantes del estado de Illinois. Su capacidad para la oratoria

atraía a las multitudes, y su enjuta presencia imponía a sus rivales. Sin embargo, carecía de los fondos y amigos poderosos necesarios para tener éxito. Lincoln siempre fue un hombre práctico y comprendió que si quería dedicarse en serio a la política debía labrarse una reputación que, además de servirle para ganarse la confianza de los electores, le proporcionaría el apoyo de personajes influyentes dispuestos a financiarlo.

En 1832 se enroló como voluntario en la milicia de Illinois para luchar en la que fue conocida como la guerra del Halcón Negro, conflicto en el que el jefe indio del mismo nombre luchó al frente de sus guerreros contra las tropas del Ejército de Estados Unidos enviadas para expulsarlos de los territorios que ocupaban en Michigan desde tiempos ancestrales. Lincoln sirvió como capitán bajo las órdenes del general Winfield Scott, adquiriendo una sólida formación militar que le sería de mucha utilidad en el futuro. Tras una campaña de varios meses, en la que se distinguió por el trato humano que siempre concedió a los indios, el joven oficial regresó a Illinois dispuesto a retomar su carrera política, volviéndose a presentar a las elecciones para la Cámara de Representantes del estado. A pesar de obtener una victoria aplastante en el distrito electoral de New Salem, los votos no fueron suficientes para proporcionarle un escaño. La derrota, en vez de desanimarlo, le sirvió de estímulo para seguir luchando por lo que él creía, dedicándose a estudiar leyes mientras trabajaba como jefe de correos y topógrafo del condado. Dotado de una inquebrantable confianza en sí mismo y gracias a una férrea autodisciplina, en 1836 se licenció en Derecho. Militante del Partido Whig, dos años antes había conseguido su escaño en la Asamblea de Illinois tras obtener la victoria en las segundas elecciones a las que se presentó.

En aquellos intensos años, incluso tuvo tiempo para enamorarse. La primera novia de Lincoln de la que se tiene constancia fue Ann Mayes Rutledge, hija de uno de los fundadores de la ciudad de New Salem. El joven político se enamoró perdidamente de ella sin importarle que ya estuviera prometida con John MacNamar, novio que la dejó abandonada para marcharse a Nueva York, dando su palabra de que se casaría con ella cuando regresase, circunstancia que nunca se produjo. Cuando el recuerdo de su anti-

guo prometido se fue enfriando, Lincoln aprovechó la situación para conquistar el corazón de la hermosa joven. En el verano de 1835 la relación entre ellos estaba a punto de formalizarse, pero Ann Rutledge enfermó de tifus, muriendo a la edad de veintidós años. La pérdida de su amada sumió a Lincoln en una profunda depresión de la que tardaría mucho tiempo en recuperarse. La pena debió de ser tan intensa que al cumplirse tres años de la muerte de Ann apareció en un periódico de New Salem un poema anónimo sobre temática suicida que algunos historiadores han atribuido a un desconsolado Lincoln. El recuerdo imborrable de su primera novia permanecería a su lado a pesar del paso de los años, como reconocería a algunos de sus amigos más íntimos siendo ya presidente.

A pesar del duro golpe, Lincoln afrontó la desgracia con entereza y se mostró dispuesto a rehacer su vida junto a Mary Owens, una joven a la que había conocido durante una visita a su hermana. Los dos jóvenes se causaron una buena impresión y a finales de 1836 concertaron una cita para cuando ella fuese a New Salem. En noviembre se produjo el esperado reencuentro, aunque los dos comprendieron que su relación no tenía futuro al manifestar abiertamente sus respectivas dudas sobre sus sentimientos. El 16 de agosto de 1837, Abraham escribió a Mary una extraña carta en la que la sugería que no la culparía de nada si ella decidía poner fin al noviazgo. La misiva nunca tuvo respuesta, pero sirvió para que ya no volvieran a verse.

En 1839 Lincoln se había instalado en Springfield, la capital del estado de Illinois, donde el joven y ambicioso político empezó a relacionarse con personajes influyentes de la alta sociedad local. En una de sus fiestas conoció a Mary Todd, hija de un rico hacendado defensor de la causa esclavista. En un gesto que pondría en entredicho los pilares sobre los que se ha forjado su leyenda, Lincoln se mostró dispuesto a sacrificar sus hasta entonces inmutables principios a cambio de alcanzar las metas que se había propuesto. Desde un primer momento comprendió que el noviazgo con Mary le podría abrir muchas puertas, dejando a un lado el amor y sin importarle demasiado las opiniones políticas de su suegro. Decidido a no perder más tiempo, en 1840 se formalizó su

relación, fijándose la fecha de la boda para el 1 de enero de 1841. Sin embargo, Lincoln, acosado tal vez por los remordimientos, decidió dar marcha atrás, poniendo fin al noviazgo de forma abrupta. A pesar de esta ruptura imprevista, Mary Todd no pudo ocultar el amor que sentía por él, negándose a perderlo para siempre. Una fiesta sirvió para escenificar el reencuentro y reconciliación de la pareja, y el 4 de noviembre de 1842 se celebró la boda en la mansión familiar de los Todd. Hasta el último momento, Lincoln no parecía estar muy convencido del paso que iba a dar, siendo sorprendido por una hermana de la novia cuando intentaba huir de la casa unos minutos antes de la ceremonia.

A pesar de lo que todos estos malos presagios pudieran augurar, con el paso de los años aquel matrimonio a la fuerza se consolidó como una relación estable de la que nacerían cuatro hijos varones. Tres de ellos morirían siendo niños, y tan sólo Robert, el mayor, conseguiría sobrevivir a su padre. Estas nuevas tragedias se unieron a las que Lincoln ya había sufrido a lo largo de su vida y provocaron que se volviera aún más taciturno. Los que lo conocieron coincidieron en señalar como rasgo distintivo de su carácter los repentinos y violentos cambios de humor que se derivaban de las fuertes depresiones que padecía. Aunque al principio de su matrimonio Lincoln pudiera no estar enamorado de Mary Todd, en los peores momentos siempre encontró refugio en el consuelo de su amante esposa.

El matrimonio fijó su residencia en Springfield, viviendo en una confortable casa situada muy cerca del despacho de abogados en donde él trabajaba. Asociado a Stephen T. Logan, un jurista de reconocido prestigio, Lincoln se labró el respeto de sus colegas demostrando su valía ante los tribunales y alcanzando fama de litigante implacable. Al mismo tiempo consolidó su carrera política dentro de las filas del Partido Whig, siendo elegido por el condado de Sangamon para cuatro mandatos sucesivos en la Cámara de Representantes de Illinois, período que abarcó de 1834 a 1842. En esos años se distinguió por oponerse al mantenimiento de la esclavitud, apoyando la labor realizada por Henry Clay, presidente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, al frente de la Sociedad Americana de Colonización, institución que ayu-

daba a los esclavos liberados a volver a África instalándolos en Monrovia, la capital de Liberia.

En 1846, Lincoln se presentó a las elecciones para el Congreso, resultando elegido para un mandato de dos años, durante los cuales mostró su lealtad política votando a favor de todas las iniciativas defendidas por su partido. En colaboración con el congresista Joshua R. Giddings, participó en la elaboración de un proyecto de ley para abolir la esclavitud en el Distrito de Columbia. En su borrador se había previsto fijar compensaciones para los propietarios de esclavos, la adopción de medidas para capturar a los cimarrones fugitivos y la celebración de una consulta popular sobre el tema. Sin embargo, el proyecto no salió adelante al no contar con los apoyos suficientes dentro de su propio partido. En materia de política exterior, Lincoln se opuso a la guerra contra México, enfrentándose directamente con el presidente James K. Polk, partidario de una política expansionista hacia el Sur. El éxito de la campaña militar, que permitió la anexión de Texas, supuso una fuerte caída de la popularidad de Lincoln y lo privó de ser reelegido. Desencantado de su paso por Washington, decidió retirarse de la política, regresando a Springfield con la intención de dedicarse por completo al ejercicio de la abogacía.

Lo que en un principio parecía una decisión definitiva terminó siendo un corto descanso para recuperar fuerzas. La conocida como Ley de Kansas-Nebraska de 1854 fue la responsable de que Lincoln volviera a la arena política. Esta norma derogaba el llamado Compromiso de Misuri, acuerdo firmado en 1820 en el Congreso de Estados Unidos para mantener el equilibrio en el Senado entre los representantes de los once estados esclavistas y los otros once abolicionistas. La admisión de Misuri habría decantado la balanza a favor de los primeros, lo que forzó la adopción de un consenso para evitar el enfrentamiento. El senador Stephen A. Douglas defendía que con la nueva ley de 1854 los colonos de los nuevos estados incorporados a la Unión pudieran decidir si permitían la esclavitud en su territorio mediante la celebración de una consulta popular a nivel local que no les hiciera depender de una decisión tomada en el Congreso. Ante el riesgo de ruptura del consenso alcanzado en 1820, Lincoln se enfrentó a

Douglas argumentando que se estaban violando los principios de igualdad de todos los hombres y los relativos al ejercicio de un gobierno democrático recogidos de forma expresa en la Declaración de Independencia. El debate se acabó convirtiendo en una cuestión personal que tendría su continuación en la campaña de las elecciones al Senado de 1858.

Cuando en 1854 el Partido Whig se desintegró por culpa de las luchas internas, Lincoln se integró en el recién creado Partido Republicano, siendo uno de sus fundadores en el estado de Illinois. La primera convención nacional de la nueva formación política se celebró en Filadelfia entre el 17 y el 19 de junio de 1856. Tras elegir a John C. Frémont como candidato republicano para las próximas elecciones presidenciales, los delegados pasaron a debatir la candidatura para el cargo de vicepresidente. Lincoln recibió el apoyo de varios de sus compañeros, pero resultó derrotado en las votaciones por William L. Dayton, un exsenador con amplia experiencia política. A pesar de esta nueva decepción, supo sacar provecho de su derrota. Lincoln había dejado de ser un desconocido para convertirse en una figura política de primera fila, y su fama creciente lo animó a presentarse a las elecciones senatoriales de 1858. En la campaña volvió a medir sus fuerzas con Stephen A. Douglas, el viejo rival con el que aún tenía cuentas pendientes. La intensidad de los debates entre ambos candidatos, calificados por algunos autores como los más famosos de toda la historia de Estados Unidos, despertó el interés de una población que hasta entonces no se había mostrado demasiado preocupada por la política. La campaña se centró sobre las cuestiones que dividían a la nación, especialmente sobre la esclavitud. En este sentido, la brillante oratoria desplegada por Lincoln a la hora de defender sus ideales lo convirtió en una figura popular a escala nacional. Sin embargo, sus discursos solemnes no sirvieron para derrotar al candidato demócrata, que volvió a arrebatarle una victoria que parecía segura. El apretado resultado electoral de 1858 sirvió para poner de manifiesto las diferencias irreconciliables que separaban a un Norte industrial y abolicionista de un Sur agrícola y esclavista, rasgos distintivos que sembraron la semilla de un odio que acabaría desembocando unos años más tarde en una sangrienta guerra civil.

La carrera hacia la presidencia

El 27 de febrero de 1860, Lincoln fue invitado a Nueva York para dar un discurso en la Universidad de Cooper Union, una de las instituciones académicas más célebres del país. Ante una expectante audiencia entre la que se encontraban los líderes republicanos más influyentes, Lincoln empleó sus mejores armas dialécticas para exponer cual debía ser el programa del partido de cara a las próximas elecciones presidenciales, insistiendo en los fundamentos morales del rechazo frontal al mantenimiento de la esclavitud. Aunque algunos consideraron que su aspecto desaliñado y tétrico ofrecía una mala imagen, sus palabras causaron una profunda impresión entre los asistentes y le abrieron las puertas a su candidatura a la presidencia. Los periódicos de la época se hicieron eco del impacto causado por Lincoln ante su audiencia, elogiando la capacidad oratoria y los firmes principios sobre los que se asentaba su programa político.

En la Convención Nacional del Partido Republicano del año 1860, celebrada en Chicago, Lincoln se vio las caras con sus rivales directos a la candidatura, casi todos ellos miembros destacados del partido con largas trayectorias políticas como senadores o gobernadores. Asesorado por un equipo de campaña eficaz que supo explotar su imagen como hombre hecho a sí mismo de pasado fronterizo, Lincoln contrarrestó su relativa falta de experiencia y de peso político con su carisma personal. En la tercera votación de la convención, efectuada el 16 de mayo de 1860, derrotó a todos sus oponentes y se convirtió en el candidato oficial del partido a la presidencia de Estados Unidos, acompañado por el senador Hannibal Hamlin como vicepresidente.

Mientras los republicanos se mostraban unidos de cara a las presidenciales, el Partido Demócrata se encontraba dividido. Los miembros originarios de los estados del Norte apoyaron la candidatura de Stephen A. Douglas, mientras que los demócratas del Sur eligieron a John C. Breckinridge, en aquel momento vicepresidente de Estados Unidos. El Partido de la Unión Constitucional, la tercera formación en discordia, presentó a un cuarto candidato, el exwhig John C. Bell. A pesar de contar con Douglas, el único

aspirante capaz de derrotar a Lincoln, la división interna de los demócratas los debilitaba, mientras que Bell no era un rival que pudiera representar un obstáculo serio. Se había dado el pistoletazo de salida a la carrera hacia la Casa Blanca, y el candidato republicano era el preferido en las apuestas.

Los equipos de campaña de cada uno de los aspirantes optaron por diferentes estrategias. Mientras sus rivales insistieron en someter a sus candidatos a una gira extenuante para exponer su programa en público ante audiencias reducidas, los republicanos diseñaron una innovadora campaña mediática, renunciando desde un principio a la convincente oratoria de Lincoln, el único de los aspirantes que no pronunció discursos. Cientos de miembros y simpatizantes del Partido Republicano recorrieron pueblos y ciudades repartiendo folletos y pegando carteles. Al mismo tiempo, en las páginas de los periódicos de mayor tirada aparecieron editoriales que exponían los principales puntos de su programa político, bautizado con el nombre de «sistema americano», que tenía como ejes principales la adopción de medidas aduaneras proteccionistas, un plan de inversiones públicas para mejorar las infraestructuras y por último, una política bancaria inflacionista. En los artículos también se hacía hincapié en demostrar la superioridad moral del «trabajo libre», poniendo como ejemplo los orígenes modestos de Lincoln, un muchacho de granja que con esfuerzo y estudio había llegado hasta la cima del éxito personal. El interés del público por conocer su vida llegó hasta tal punto que el *Chicago Tribune* llegó a vender más de 100.000 ejemplares de una breve biografía del candidato republicano. Su arriesgada campaña estaba dando frutos.

En las elecciones presidenciales celebradas el 6 de noviembre de 1860, Lincoln obtuvo 1.865.908 votos, un 39,82 % del electorado. Douglas, su principal rival, quedó en segundo lugar, con cerca de un millón y medio de sufragios. Lincoln se convirtió así en el decimosexto presidente de Estados Unidos y el primero de su historia perteneciente al Partido Republicano. La victoria se había logrado gracias a los votos decisivos de los estados del Norte, claramente beneficiados por el programa electoral defendido por el candidato republicano. El proteccionismo aduanero limitaba la com-

petencia extranjera de bienes manufacturados, haciendo más competitivos los productos fabricados en el Norte industrializado. El Sur, mucho menos desarrollado, basaba su economía en una agricultura de grandes latifundios que precisaba de la mano de obra esclava para cultivarlos. En este contexto, la abolición supondría para ellos la ruina de sus explotaciones. El precio impuesto por el Norte a sus manufacturas supondría además un aumento de los costes de producción en el Sur, pérdidas que no podría compensar con sus exportaciones, sobre todo de algodón, que debían competir en el mercado internacional. Los ingresos obtenidos con el cobro de aranceles a las importaciones se invertirían en la construcción de infraestructuras, sobre todo ferrocarriles, obras públicas que también beneficiaban a las industrias del Norte, financiadas por una banca cada vez más poderosa. Sintiendo agravios por el resultado de las elecciones presidenciales, el Sur se mostró dispuesto a adoptar medidas drásticas para defender sus intereses.

¿Rumores infundados?

En medio de un peligroso clima de tensión creciente, las posiciones se radicalizaron y antes de que Lincoln accediese al cargo, los estados sureños manifestaron su intención de separarse de la Unión. Carolina del Sur tomó la iniciativa y el 20 de diciembre de 1860 aprobó una ley de secesión. El 1 de febrero de 1861, Alabama, Florida, Misisipi, Georgia, Luisiana y Texas imitaron su ejemplo. El día 8 del mismo mes, sus representantes se reunieron en Montgomery, donde acordaron declararse una nación soberana con el nombre de Estados Confederados de América, estableciendo su capital en Richmond. Al día siguiente eligieron como presidente a Jefferson Davis, y Alexander Hamilton Stephens ocupó el cargo de vicepresidente. El 11 de marzo se aprobó una Constitución que establecía una sola Cámara de Representantes y un mandato presidencial de seis años sin posibilidad de reelección.

El presidente en funciones Buchanan y el propio Lincoln se opusieron desde un primer momento a reconocer la Confederación, declarando ilegal la secesión. Pero ante la inminencia de la guerra

que se avecinaba hubo algunos intentos conciliadores. En un último esfuerzo, Lincoln suavizó su intransigencia apoyando la denominada Enmienda de Corwin, medida que reconocía la continuidad de la esclavitud en aquellos estados donde ya existía. El presidente electo llegó a remitir una carta a todos los gobernadores para que ratificasen el texto de la ley en un intento desesperado por evitar así la secesión. Sin embargo, todos estos gestos parecían llegar demasiado tarde, y los acontecimientos parecían precipitarse sin que nadie pudiera detenerlos.

Mientras la situación parecía dirigirse hacia una guerra inevitable, se concretaron los detalles para la toma de posesión de Lincoln en Washington D. C. En este momento entra en escena uno de tantos personajes peculiares que salpican la historia de Estados Unidos. Allan Pinkerton era un emigrante escocés de turbio pasado que a mediados del siglo XIX había empezado a ofrecer sus servicios como el primer detective privado que ejerció en la ciudad de Chicago. En 1850 se asoció con el abogado Edward Rucker para fundar la North-Western Police Agency, compañía de seguridad privada que más tarde adoptaría el nombre de Pinkerton and Company cuando el escocés se hizo con el control de la empresa. Con el imparable desarrollo del ferrocarril por todo el país, a Allan Pinkerton se le abrieron las puertas de nuevas oportunidades de negocio. En 1855 firmó un contrato para prestar servicios de seguridad a un consorcio ferroviario que agrupaba a algunas de las más importantes compañías del sector. A partir de ese momento, la actividad de la agencia inició un desarrollo vertiginoso, y el número de sus detectives, en muchos casos reclutados entre pistoleros y matones, no paró de crecer hasta convertirse en un pequeño ejército privado.

Lincoln había trabajado como abogado para la Illinois Central Railroad, una de las empresas ferroviarias a las que la agencia de Pinkerton prestaba sus servicios. Al presidente electo le habían impresionado los métodos de trabajo del detective, y cuando llegó el momento de viajar a Washington para tomar posesión de su cargo, los hombres de Pinkerton fueron elegidos para protegerlo. El trayecto hasta la capital federal se iba a realizar en un tren de la Philadelphia, Wilmington and Baltimore Railroad, y a Timothy

Webster, uno de los mejores detectives de la agencia, se le encomendó la misión de velar por la seguridad de Lincoln. Según la versión de los hechos ofrecida por el propio Pinkerton, Webster descubrió una red de conspiradores que planeaban asesinar al presidente electo durante ese viaje. El tren partiría de Springfield y atravesaría el estado de Maryland, cuyos ciudadanos eran en su mayoría proclives a la causa del Sur, haciendo parada en Baltimore, donde el séquito presidencial cambiaría de tren. Según los planes de la supuesta trama, en esta última ciudad los conspiradores provocarían una pelea ficticia en la estación de Calvert Street y en medio de la confusión asesinarían al presidente.

Para abortar esta conspiración, Pinkerton decidió que Lincoln llegase a Baltimore treinta y seis horas antes de lo previsto. Para no despertar sospechas, se mantuvo la agenda oficial prevista, y el 11 de febrero de 1861 el tren presidencial partió de Springfield, iniciando el itinerario anunciado que lo llevaría primero a Filadelfia y después a Baltimore en una gira prevista para recabar el apoyo de los estados del Norte. A bordo viajaban varios detectives de la agencia con la misión de servir de guardaespaldas a Lincoln, y Pinkerton desplegó a sus hombres por todas las estaciones del recorrido. Sin previo aviso, se cancelaron las reuniones previstas en Filadelfia y el tren llegó a Baltimore a las tres y media de la madrugada del día 22, una hora a la que nadie lo esperaba. Disfrazado con un viejo gabán y con la cabeza cubierta con un sombrero de ala ancha, Lincoln fue introducido en un carruaje y atravesó sigilosamente la ciudad hasta la estación de Washington, donde debía hacer el trasbordo que lo llevaría a la capital federal. El viaje prosiguió sin que finalmente se produjera ningún incidente.

Cuando los detalles de la supuesta trama salieron a la luz, los políticos y la opinión pública de los estados del Sur se apresuraron a ridiculizar a Lincoln, tachándolo de cobarde por escapar disfrazado en medio de la noche. En el Norte, el episodio fue visto con escepticismo. Tras el suceso, el propio presidente declaró que en realidad no creía que existiera una conspiración, pero «consideró sensato no correr un riesgo innecesario». Ward H. Lamon, amigo y compañero de viaje en aquella larga noche, escribió un libro en el que afirmaba que «era evidente que no hubo ninguna conspira-

ción». A John A. Kennedy, detective del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, se le encomendó la misión de llevar a cabo una investigación que confirmase la existencia de la trama y, en su caso, identificar y detener a los responsables. Después de viajar a Baltimore y entrevistarse con George P. Kane, el jefe de policía de la ciudad, informó a sus superiores de que no había existido conspiración alguna. Sin embargo, sus conclusiones no eran del todo fiables. Según el testimonio de Pinkerton, Kane era simpatizante de la causa confederada, acusándolo así de proteger supuestamente a los implicados ocultando datos.

Nunca pudo probarse la existencia de la conspiración. Tampoco ha podido determinarse con certeza si fueron los agentes de Pinkerton los que difundieron los rumores sobre la trama obedeciendo las instrucciones de su jefe. En todo caso, el supuesto complot resultó muy útil para el astuto detective. Su actuación le sirvió para ganarse la confianza de Lincoln, lo que también le permitió acceder a su reducido círculo de colaboradores más cercanos. Esta posición privilegiada brindaría al oportunista Pinkerton los contactos necesarios en las más altas esferas de la Administración y de la empresa privada, amistades que le serían muy útiles para sus ambiciones. El detective se frotaba las manos mientras veía la guerra que se intuía en el horizonte.

Norte contra Sur

Rodeado de unas excepcionales medidas de seguridad, el 4 de marzo de 1861 Lincoln juraba su cargo en Washington frente a las escaleras de un Capitolio todavía en construcción. En medio de un ambiente prebélico, la ciudad estaba tomada por tropas de la Unión en previsión de que el Sur pudiera lanzar un ataque coincidiendo con la toma de posesión. Los Turners formaron un perímetro de seguridad alrededor del presidente, actuando como guardaespaldas y relegando a un papel secundario a los agentes de Pinkerton. Miembros de un exclusivo club gimnástico, los Turners eran fornidos americanos de origen alemán que habían apoyado la candidatura de Lincoln a la Casa Blanca. Muy implicados en la

vida de las comunidades donde se habían establecido, buscaban así su rápida integración en la sociedad de la nación que los había acogido. Muchos de ellos tendrían muy pronto ocasión de defender los principios de su nuevo país luchando en el Ejército de la Unión.

El presidente se encontraba incómodo en medio de tantos hombres armados y nerviosos. Aun así, mantuvo la calma y en su discurso de investidura tendió la mano a los estados del Sur, insistiendo expresamente en que no tenía intención de abolir en ellos la esclavitud. En un intento por acercar posturas y suavizar las tensiones, Lincoln también hizo un llamamiento a la reconciliación y quiso terminar su prédica afirmando: «No somos enemigos, sino amigos». Sin embargo, el miedo y la desconfianza del Sur no podían desaparecer de pronto al escuchar de su boca unas cuantas frases bienintencionadas. Sentían gravemente amenazado su estilo de vida y estaban dispuestos a defenderlo por la fuerza si era preciso. En esos momentos difíciles, la secesión era la única alternativa posible para ellos. Lincoln sabía que para llevar a cabo su programa de reformas era necesario que se mantuviera la Unión. Incluso se mostró dispuesto a ceder en el tema de la esclavitud con tal de impedir que el país se dividiera. Si los estados sureños insistían en continuar adelante con la independencia, al presidente no le quedaría más remedio que recurrir al uso de la fuerza. Para todos estaba claro que el tiempo de los gestos de acercamiento y las palabras conciliadoras había pasado, había llegado la hora de dejar hablar a las armas.

Tras proclamarse la secesión, el Ejército de Estados Unidos conservaba importantes posiciones estratégicas en el Sur que no habían sido evacuadas. El puerto de Charleston era uno de los pocos fondeaderos de aguas profundas de los que disponía la Confederación para recibir suministros y armas desde el otro lado del Atlántico, y su control se convirtió, por tanto, en una cuestión de vital importancia. Sin embargo, a la entrada de la bahía había una serie de fortificaciones construidas sobre islotes que permanecían en manos de soldados de la Unión. Replegados en Fort Sumter, el más grande de todo el complejo defensivo, se mostraron dispuestos a resistir el asedio de los confederados. Tras varios

llamamientos a la rendición que fueron ignorados, el 12 de abril de 1861 los cañones y obuses sudistas abrieron fuego desde los fuertes que lo rodeaban. Después de más de treinta horas de bombardeo continuo, la guarnición de Fort Sumter capituló y el ataque se convirtió en la primera acción bélica de la guerra de Secesión americana.

El 17 de abril, Virginia, a excepción de su parte occidental, se unió a la Confederación, seguida en los meses siguientes por Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte. En Misuri y Maryland las simpatías por la Secesión eran evidentes, pero finalmente no prevalecieron, mientras que el estado de Kentucky decidió permanecer neutral. En total, la Confederación estaba formada por once estados con una población de nueve millones de personas. En el otro bando, el Norte disponía de muchos más recursos, tanto industriales como humanos, por lo que la desigualdad de fuerzas era evidente. Para contrarrestarla, el Sur decidió tomar la iniciativa al comienzo de la guerra, amenazando con invadir el territorio enemigo y lanzando una ofensiva contra Washington, la capital federal. Algunos historiadores han acusado a Lincoln de cierta pasividad durante las primeras fases del conflicto. Parecía como si no se terminase de creer lo que estaba ocurriendo, como si confiara en que finalmente se produciría una marcha atrás de la secesión y rechazase la posibilidad de una invasión proveniente del Sur. Finalmente, el 15 de abril, el presidente ordenó a todos los estados del Norte que enviasen contingentes de soldados para proteger Washington y «preservar la Unión», asumiendo personalmente el mando supremo del ejército.

El día 19, una multitud de simpatizantes secesionistas se hizo con el control del importante nudo ferroviario de Baltimore, y atacó a las tropas de la Unión que se dirigían hacia la capital. Convencido de que se encontraba ante una crisis política y militar sin precedentes, Lincoln asumió una serie de poderes excepcionales que en algunos casos supuso la violación de derechos fundamentales. Ante los graves sucesos de Baltimore, el presidente ordenó la detención de su alcalde junto a la de otros políticos de Maryland, sospechosos de apoyar a la Confederación. Encarcelados sin una orden judicial, algunos solicitaron el amparo del *ha-*

beas corpus, mecanismo de protección jurídica que fue suspendido por orden directa de Lincoln. De la misma forma se procedió al encarcelamiento arbitrario de miles de presuntos simpatizantes del Sur, iniciando así una represión que fue muy criticada por líderes del Partido Demócrata.

Consciente de la importancia de desarrollar una estrategia general para sofocar la rebelión, ejerciendo de comandante en jefe, Lincoln también ordenó el bloqueo naval de todos los puertos de la Confederación y solicitó al Congreso los fondos necesarios para financiar la guerra. A pesar de las críticas, buscó el consenso con los demócratas partidarios de la Unión, colocando a generales de este signo político en puestos clave en el ejército. En un principio, Lincoln debió de pensar que su experiencia militar contra los indios sería suficiente para permitirle llevar el peso de una guerra, pero cuando las hostilidades se generalizaron a una escala que superaba todo lo previsto, comprendió que debía tomarse más en serio el ejercicio de su mando mejorando sus conocimientos militares. Se dedicó entonces al estudio de libros sobre estrategia con la misma pasión que cuando leía en su juventud. Al mismo tiempo, revisaba personalmente los partes de guerra y los informes que le llegaban desde los distintos frentes en jornadas de trabajo maratonianas que se extendían hasta altas horas de la madrugada. También consultaba a sus colaboradores más cercanos y se mantenía en contacto directo con los gobernadores y generales que le transmitían las últimas noticias sobre la marcha de la guerra. Lincoln también descubrió que necesitaba contar con un servicio de inteligencia eficaz que le mantuviese informado sobre los movimientos del enemigo. Para ello acudió a un viejo conocido y propuso a Allan Pinkerton que lo ayudase a crear y organizar una red de espías al servicio de la Unión. En aquella época, los países no contaban como hoy en día con agencias nacionales de inteligencia dependientes del poder político, por lo que se recurría al empleo de espías profesionales o al trabajo de patriotas desinteresados que arriesgaban su vida por una causa.

Pinkerton no dudó en aceptar la propuesta del presidente y, bajo la supervisión del general George McClellan, creó el Union Intelligence Service (Servicio de Inteligencia de la Unión), una red

de espionaje en la que los agentes bajo sus órdenes recogían información de las fuerzas confederadas haciéndose pasar por soldados enemigos o defensores de la causa del Sur. Según su propio relato, Pinkerton realizó en persona algunas de estas arriesgadas misiones, actuando bajo el nombre en clave de comandante E. J. Allen. Como jefe de los servicios secretos de la Unión, Pinkerton no sólo se convirtió en un personaje influyente muy cercano a Lincoln. También ganó mucho dinero. Se sabe que John Potts, en aquel entonces alto funcionario del Departamento de Guerra, efectuó pagos no justificados al detective por un importe de más de 425.000 dólares de la época, una auténtica fortuna.

Pero no todo fueron éxitos en la carrera imparable de Pinkerton, y su actuación durante la guerra pronto despertó fuertes críticas. Se confirmó que muchas de las informaciones que llegaban al Ejército de la Unión eran erróneas, cuando no inventadas por algunos de sus agentes infiltrados, lo que provocó que se extendiera la sombra de la duda sobre su eficacia y lealtad. Cuando empezó a correr el rumor de que algunos de los datos falsos eran ideados por el propio Pinkerton con la intención de crear una sensación de trascendencia que justificase su puesto al frente de los servicios de inteligencia unionistas perdió la confianza que hasta entonces se había depositado en él. Haciendo caso a los comentarios, Lincoln decidió destituirlo de su puesto al frente de los servicios secretos. Su cese fulminante supuso un duro golpe para el detective, que aun así no se resignó a perder su poder. En un intento desesperado por recuperar la confianza del presidente, en noviembre de 1862 escribió una carta al general McClellan para advertirle de la existencia de una conspiración que planeaba asesinar a Lincoln, pero el general no hizo caso a la información, calificándola como una sospecha infundada.

Mientras tanto, la guerra continuaba. El pronóstico que algunos periódicos del Norte se habían atrevido a vaticinar, anunciando con injustificado triunfalismo un paseo militar del Ejército de la Unión que les otorgaría la victoria en un plazo de apenas noventa días, se había convertido en una sangrienta guerra de desgaste que se estaba cobrando la vida de miles de hombres. Las sucesivas victorias confederadas en las batallas de Bull Run exten-

dieron las dudas sobre la competencia militar y las decisiones del presidente, al mismo tiempo que un pesimismo derrotista empezó a apoderarse de la opinión pública de los estados del Norte. Lincoln insistía en mantener divididas sus fuerzas, protegiendo con numerosas tropas la línea del río Potomac y lanzando un ataque directo contra Richmond, la capital de la Confederación, pero los sucesivos fracasos del Ejército de la Unión habían situado al presidente en una situación delicada. Lincoln necesitaba desesperadamente una victoria decisiva para que sus desmoralizadas tropas recuperasen la iniciativa invirtiendo el curso de la guerra.

El general McClellan había sido el encargado de organizar el Ejército de la Unión. Sin embargo, sobre el campo de batalla se mostraba dubitativo y carente de iniciativa. Los fracasos militares y su enfrentamiento con Lincoln le habían costado su puesto al frente de las tropas del Norte. Pero a finales del verano de 1862, la gravedad de la situación exigía medidas desesperadas. El general Robert E. Lee, comandante del ejército confederado de Virginia del Norte, volvió a demostrar su talento militar y, tras vencer en la segunda batalla de Bull Run, cruzó el río Potomac invadiendo el territorio de la Unión. Su plan era llegar hasta Maryland, donde los simpatizantes de la causa sudista podrían proporcionarle alimentos, suministros y nuevos reclutas. Si obtenía una nueva victoria en el corazón de territorio enemigo, probablemente también conseguiría el reconocimiento internacional de la Confederación y la ayuda de Francia y de Gran Bretaña. Ante el avance de Lee, Lincoln tuvo que tragarse su orgullo y recurrir de nuevo a McClellan, que, sin perder más tiempo, marchó para interceptar a los rebeldes invasores. El 17 de septiembre de 1862, los dos ejércitos se encontraron frente a frente en las orillas del río Antietam, al oeste de Maryland.

La batalla se convirtió en una carnicería en la que murieron más de 20.000 hombres entre los dos bandos. Los soldados del ejército de Lee, exhaustos después de más de un día de duros combates, se retiraron al otro lado del Potomac sin que las tropas de McClellan tuvieran fuerzas para perseguirlos. La invasión había sido rechazada, y la victoria del Norte permitió a Lincoln hacer pública la Proclamación de Emancipación. Por este documento,

emitido el 22 de septiembre de 1862, se declaró libres a los esclavos en todo el territorio que no estaba bajo control del Gobierno de Washington. A partir de ese momento, la abolición de la esclavitud en los estados rebeldes se convirtió en un objetivo militar, y en su avance hacia el Sur, las tropas del Norte consiguieron liberar a más de tres millones de personas. De la misma forma, se produjo el reclutamiento masivo de soldados afroamericanos para que sirvieran en las filas del Ejército de la Unión. Pero al margen de la trascendencia de estos triunfos propagandísticos, la victoria obtenida en Antietam no sirvió para consolidar el poder militar de la Unión. Un año después, el ejército confederado había conseguido recuperarse y estaba en la cúspide de su potencial ofensivo. El general Lee decidió entonces lanzar un segundo ataque contra el territorio del Norte en una última apuesta por obtener un triunfo definitivo que forzase la celebración de una conferencia de paz que permitiese la independencia del Sur.

Las fuerzas contendientes volvieron a encontrarse el 1 de julio de 1863, al sur de la población de Gettysburg, en Pensilvania. Después de tres días de durísimos combates, la balanza de la victoria se inclinó del lado del Norte mientras el campo de batalla volvió a regarse con la sangre de miles de hombres. La invasión de Lee fue de nuevo rechazada, y en medio de una guerra de desgaste, el poderío militar de la Confederación sufrió pérdidas irreemplazables. El 4 de julio, el ejército del Sur inició una larga y penosa retirada hacia Virginia. Ese mismo día, la ciudad confederada de Vicksburg, en Misisipi, se rindió al general Grant, lo que supuso la división en dos del territorio rebelde. Después de Gettysburg, los ejércitos de la Unión se mantuvieron a la ofensiva en todos los frentes, encadenando una serie de victorias consecutivas que precipitaron el final de la guerra de Secesión.

La reelección

Además de su carisma como estadista, nadie duda del evidente talento político de Lincoln. Cuando el triunfo del Norte sobre el Sur parecía inevitable, aprovechó la situación para presentar su

candidatura para la reelección a la presidencia. Las críticas a su gestión de la guerra parecían olvidadas y las medidas impopulares que caracterizaron su mandato quedaron relegadas a un segundo plano. Lincoln supo mantener unidas a las distintas facciones que existían dentro del Partido Republicano y consiguió atraer a algunos sectores demócratas. Su máximo rival en la carrera a la reelección era el impulsivo general Ulysses S. Grant, personaje que había alcanzado una gran popularidad por sus victorias militares y por sus excesos verbales. La Convención Nacional del Partido Republicano se celebró en Baltimore entre los días 7 y 8 de junio de 1864. A pesar de los apoyos recibidos, se temía que Lincoln sufriera el desgaste político provocado por la guerra y que no fuera elegido en las primarias. Aun así, consiguió superar los recelos de sus compañeros de partido, y la mayoría de los delegados votó a favor de su candidatura a la presidencia.

Por su parte, el Partido Demócrata se enfrentó a graves problemas a la hora de elegir a su aspirante. La convención nacional celebrada a finales de agosto de 1864 en Chicago puso de manifiesto la profunda división que existía entre los demócratas partidarios de continuar con la guerra y un sector del partido que quería poner fin al conflicto negociando un acuerdo de paz con la Confederación. Al final se llegó al consenso, nombrando candidato presidencial al general George B. McClellan, el mismo que había sido destituido por Lincoln, circunstancia que fue aprovechada por los demócratas para presentarlo como víctima de una represalia partidista del presidente. McClellan era partidario de continuar con la guerra hasta derrotar al Sur, pero para contrarrestar su belicismo se aprobó un programa electoral de signo pacifista. La contradicción que representaba esta fórmula tan sólo sirvió para confundir a su electorado y beneficiar al candidato republicano. Por si fuera poco, un grupo significativo de demócratas del Norte y también originarios del Sur que se mantuvieron leales a la Unión decidieron dar su voto a Lincoln a cambio de que Andrew Johnson, uno de los pocos miembros sureños del partido que se oponía a la secesión, fuese incluido como vicepresidente dentro de una candidatura de unión nacional, condición que fue aceptada por Lincoln.